

quiere emplear a fondo, se hubieran enfocado todos los sucesos azarosos y felices que exhibe una vida humana, el resultado habría sido todavía más halagüeño. No tanto por esa proyección benévola que obtiene el autor de un libro de memorias, rico en citas de personas, entre sus contemporáneos, sino que por el sacudimiento de imaginación y sensibilidad que suscitaría ante el lector del futuro, más desatado de relaciones inmediatas y provisto, por lo tanto, de un ánimo desprejuiciado y riguroso. Y debe considerarse, en apoyo de esta última afirmación, que el libro tal como está, se lee con placer, sin dejarlo, a pesar de sus 405 páginas.

LA ETERNIDAD CONTIGO.

El autor de este libro, hombre benévolo y cordial, es, en el fondo, el más celoso defensor de los fueros de su raza arábigo. Este sentimiento tan respetable prima en sus obras principales: «Memorias de un Emigrante» e «Imágenes y Confidencias», donde, a nuestro juicio, venga literariamente, con serenidad y buen humor, una realidad adversa, constituida por las primeras jornadas de un emigrante, luchador en un país que, al fin de cuentas, resulta generoso. Guiado por este afecto entrañable a su lejana tierra natal no parece raro que Benedicto Chuaqui haya querido iniciar su primer libro de poemas en prosa con los prólogos de dos escritores de origen arábigo: Mahfud Massis y Andrés Sabella, de raza sin mezcla el primero, de madre chilena el segundo. Quizá si estos últimos factores influyan un tanto en la contextura de ambos prólogos y hasta en su orden de precedencia, pues el liminar de Sabella es diáfano y amable, ansioso de relacionar la poesía solemne del desierto con el fervor artístico de su lejano vástago. ¿«Qué perdido camellero ha encarnado en la voz de Benedicto para inspirarle estas canciones estremecidas en las que describe el círculo ardiente de su corazón...?». En cambio,

el prólogo de Massis pórtico del tomo, es funerario y cáustico y aplica a Benedicto Chuaqui un ropaje verbal que tal vez rocalce a su idiosincrasia de hombre cordial y expansivo, infatigable obrero de paz. «En las cerradas umbrías del arte, donde cae interminablemente una lluvia de muerto, se yerguen, junto a las grandes cabezas cinerarias, la jeta morada del andrógino, la neurosis y el estro fálico de las desencantadas». «En tanto avance hacia ese acontecimiento sideral, la crítica amancebada lo irá dejando solo, perdida en la sotabarba mantecosa de su seriedad tradicional». El contraste entre los dos prologuistas es, como se ve, notorio y no vale la pena insistir en subrayarlo. Tampoco es necesaria una proeza dialéctica para entender que las frases transcritas de Massis no corresponden al ánimo visible de Benedicto Chuaqui. Pero busquemos la parte básica del libro y lo que en verdad sólo interesa para realzar una obra lírica: su poesía. Ella está dominada por los ancestros raciales inconfundibles donde prima el afán parabólico y simbolista de los antecesores de nuestras metáforas castellanas que enriquecieron la lengua de España dándole un sentido más ágil y poético, otorgando substancia al verbo y acción al sustantivo; refinando la vida humana aplastada. También es visible en estas parábolas de Chuaqui la influencia de la poesía más moderna que restalla en su adjetivación novedosa y en su absoluta sinceridad expresiva, sustentada en el amor más hondo y en el recuerdo encendido de pasión y nostalgia. «Ya había perdido toda esperanza, la más remota, de volverte a ver. Y he aquí que anoche, mientras dormía, tuve la asombrosa aventura de encontrarme contigo, ídolo de mis ídolos. ¡Qué bella y qué dulce estabas!». Así con igual tono transcurre todo este libro, intitulado «La eternidad contigo», del ya lejano emigrante de Homs, que hace el número trece entre los suyos; terminado de imprimir un día 13 y que pugna valerosamente por descubrir los esplendentes soles...